

FIESTAS REALES EN LA CATALUÑA DE CARLOS III

M.^a de los Angeles Pérez Samper

La fiesta está de moda. Está de moda en el presente y lo estuvo también, en consecuencia, en el pasado. En el historiografía actual, desde las más variadas perspectivas, astísticas, políticas, antropológicas, sociales, culturales, se ha dedicado a la fiesta una atención destacada, que finalmente ha comenzado igualmente a prestársele entre nosotros, como demuestran las comunicaciones sobre el tema presentadas a este Congreso. Con la gran ventaja de que la fiesta es una experiencia humana e histórica, compleja y global que es posible abordar por múltiples caminos y que permite una aproximación a esa tan buscada y deseada historia total. La fiesta es en sí un fenómeno único, pero a la vez infinitamente variado y siempre distinto y cambiante.

En este amplio abanico la fiesta real alcanza un especial relieve. Ante todo por su magnificiencia y esplendor derivados de su propia finalidad, mostrar el poder y la gloria del Rey y la devoción de su pueblo, y que se evidencian en sus elevados costos y su gran calidad artística. Y también por su caracter de síntesis, de integración. Fiesta oficial por antonomasia, manifestación del poder en su más alta instancia, como es la Monarquía en la época moderna, cuenta con la presencia institucional de las autoridades civiles, militares y religiosas, pero no acaba ahí sino que despliega en una dimensión popular, intregando la participación activa del conjunto de la sociedad, a través de las corporaciones como Colegios y Gremios, e instituciones diversas, - como pueden ser en el caso que nos ocupa, la Junta de Comercio y la Compañía de Barcelona, representantes de la clase en alza en la Cataluña de la época, la burguesía-, llegarlo a incluir, aunque sea a través de su simple, pero esencial asistencia -más o menos entusiasta o curiosa- como espectador al pueblo, representado por las multitudes congregadas. Doble dimensión, la oficial y la popular, necesaria e imprescindible, pues en las fiestas reales se trata precisamente sobre todo de conseguir mediante el espectáculo y la participación esa finalidad de encuentro entre el Rey y el Reino.

El fenómeno, que tenía su expresión constante y privilegiada en la Corte, no se reducía estrictamente a ella, sino que por su propio dinamismo y finalidad se extendía a todo el territorio y a toda la sociedad. Bien fiese por irradiación desde arriba, bien por emulación desde abajo, generalmente por una conjugación de ambas, se trataba de reproducción el fenómeno cortesano de manifestación plástica y ritualizada del poder, difundiéndolo por todo el país y haciéndolo llegar a todas las gentes. Interesante ejemplo de la importancia historia de lo simbólico y ceremonial especialmente en una sociedad de Antiguo Régimen.

En la compleja historia de las relaciones entre poder y sociedad, la fiesta real era un camino más en la búsqueda de cauces de comunicación intentando, más allá de diferencias y problemas no siempre superables, plasmar momentos de aproximación y entendimiento. Unas veces se trataba de tradiciones ya fijadas, otras eran ocasiones extraordinarias; generalmente por iniciativa del rey, algunas por efecimiento de las instancias locales; en su mayoría corrían a cargo de los súbditos, aunque a menudo el monarca ayudaban a suragar los gastos e incluso los cubría en su práctica totalidad. En cualquier caso, la finalidad era siempre la misma, conseguir simbólicamente un momento de comunión entre el Rey y su pueblo. La trascendencia política y social del fenómeno cobraba para el caso catalán en la época moderna una relevancia mucho mayor, dadas las circunstancias de la relación entre el Principado y la Monarquía y especialmente en el siglo XVIII con la dinastía borbónica. Las fiestas reales en Cataluña, durante el reinado de Carlos III representan así un significativo indicio del nuevo clima de las relaciones políticas que, con todas sus limitaciones, presidió esta etapa trascendental de la historia de Cataluña (1).

Fiesta real por excelencia, que inauguraba un nuevo reinado, la ceremonia de proclamación era tradicional en la Corona de Castilla y fue introducida en la Corona de Aragón por la dinastía borbónica a raíz de la Guerra de Sucesión, como una expresión más de su asimilación al modo castellano. Aunque algunos autores de la época evocaban dudosos y lejanísimos precedentes de la historia medieval catalano-aragonesa, se trataba de una ceremonia de corta historia en Cataluña, Aragón y Valencia, pues se celebró por primera vez con motivo del acceso al trono de Luis I, ya que el advenimiento de Felipe V se había festejado según la costumbre establecida durante la época de los Austrias. Puesto que se había producido una ruptura en el sistema tradicional, lo que se hizo fue adoptar el ritual castellano con las modificaciones necesarias, por ejemplo, al no existir Alférez, el acto culminante de levantar el pendón solía correr a cargo del Regidor Decano del correspondiente Ayuntamiento. Al heredar la corona Carlos III los precedentes, que se siguieran escrupulosamente, se reducían a dos proclamaciones anteriores, los de sus hermanos Luis I y Fernando VI.

Por real Orden de 28 de agosto de 1759 se mandaba celebrar la ceremonia de proclamación en todo el reino. Madrid la realizó el día 11 de septiembre y en los días y semanas siguientes los demás lugares. (2) Barcelona la celebró el día 24 de ese mismo mes, pues los preparativos eran algo complicados y, desde luego, bastante costosos. El itinerario fijado fue “Casa de la Ciudad, calle de dicha Ciudad, calle del Regomir, Plaza de Palacio, Vidriería, Borne, calle Montcada, Subida de la Cárcel, Plaza del Rey, inmediaciones de la Catedral (por la parte que mira a la Puerta de la Piedad), calle de los Diputados y Plaza de San Jaime”. (3) En el recorrido se incluían los

1.- M Angeles PEREZ SAMPER, “Les festes reials a la Catalunya del Barroc” en Actes. *Jornades sobre el Barroc Català*. Girona, 17-19 desembre 1987 (em premsa).

Para la parte artística vid Joan Ramón TRIADO, *L'època del Barroc s.XVII_XVIII*, vol V *Historia de l'art català*, Barcelona 1984.

2.- Sobre las fiestas de proclamación en Barcelona y en otras ciudades y pueblos de Cataluña vid: *Relación del promoto obsequi con que la ciudad de Barcelona solemnizó en los días 24, 25 y 26 de septiembre de 1759, la Real proclamación del Rey N.S.D. Carlos tercero (g. D. g.) executada en el día 24 por su muy ilustre Ayuntamiento...* Barcelona, M Teresa Vendrell i Teixidó 1759 16 pp.

Quantas noticias son dables de la proclamación celebrand en 24 de septiembre y demás preparativos que la ciudad de Barcelona ha dispuesto y dispone para obsequiar el arribo de D. Carlos III y D. María Amelia. 4 ff. sn.

Festivas demostraciones con que se desahogó la lealtad y amor de la muy ilustre y siempre fiel ciudad de Gerona por la proclamación de Carlos III. 1 ff. s.n.+ 60 pp.

Proclamación del Rey nuestro Señor D. Carlos III, solemnizada en Villafranca de Panadés en los días 30 de septiembre, 1 y 2 de Octubre de 1759 y executada en el referido día 30 por su Ayuntamiento. 23 pp.

3.- Instituto Municipal de Historia de la Ciudad. (I.M.H.C.) Libro de Acuerdos del Ayuntamiento de Barcelona, i&% (Fol 189).

centros más importantes de la ciudad, políticos, religiosos y sociales, y se recogía en cierto modo, por el motivo, el camino tradicional de las antiguas "entradas reales".

Se dispuso también el adorno y la iluminación de todo el itinerario, distribuyéndolo por sectores entre los diferentes gremios como era habitual y creando tres premios para motivar todavía más al competencia y al aliciente, pero recomendando que se reservase el mayor esfuerzo para el "obsequio personal", con motivo de la próxima venida del rey. (4).

La ornamentación se concentraba en los tres puntos donde debía realizarse el triple acto de proclamación. El primero en la Plaza de Palacio. En la fachada del palacio sobre un dosel de terciopelo carmesí presidían dos retratos de los monarcas, obra del pintor José Llanes. (5) Frente a la puerta del mar se levantaba el tablado principal. Elevado sobre un zócalo, se hallaba rematado por una barandilla de balaustre y dos escaleras frontales. Entre los ángulos y las escaleras, a un extremo se hallaba representada la Sirena Parthénope mostrando diversos trofeos que ofrecía a Barcelona, a cambio de los reyes que esta ciudad le había dado, Pedro el Grande y Alfonso el Magnánimo. Al extremo opuesto, una Ninfa simbolizaba Barcelona, acompañada de un dragón "antiguo trofeo y empresa de sus Condes" y daba réplica a la sirena italiana, proclamando al Rey, no como un don de Nápoles, sino como la restitución de un préstamo. Entre las escaleras estaban las armas de Carlos III y a ambos lados dos genios que rendían las de Cataluña y Barcelona. En el centro sobre cinco pedestales, en el medio la figura del monarca en majestad, con corona, cetro y manto real. Los otros cuatro ofrecían la Ciudad al nuevo soberano, Carlomagno como liberada de los moros, Carlos V como preferida entre los lugares de su Imperio, Fernando al Católico como dote en su unión con Castilla y Fernando VI como protegida por la realeza.

El segundo tablado se hallaba en el borne y el tercero en la Plaza de la Ciudad. La fachada del Ayuntamiento se hallaba decorada con un dosel carmesí con franjas doradas. Presidía el retrato del Rey, pintado por José Baixeras para la ocasión. (6) En frente en las fachadas de las Casas de la Tabla de los comunes Depósitos, otra decoración mostraba a Carlos III acompañado por la Fama, que le aplaudía, y la justicia, que le coronaba. A ambos lados dos medallones recordaban acontecimientos de su reinado napolitano, la conquista de Sicilia y la despedida de Nápoles. Este conjunto recibió el tercer premio del Ayuntamiento. Aparte de los retratos, obra de Llanes y Baixeras, también trabajaron en las ornamentaciones otros conocidos artistas de la época como José Vinyals y Manuel Tramulles. (7)

Toda la ruta del ceremonial se hallaba ricamente adornada. Destacaba en la calle de Regomir la casa del zapatero Ignacio Curich. Sobre un fondo de damascos rojos y dordos figuraban la imagen de San Ignacio de Loyola -por el santo del dueño de la casa- y la del Rey a caballo. A los lados dos ángeles con lemas dedicados al Rey y a la Reina. El primer premio del Ayuntamiento se adjudicó a la decoración de la Plaza del Ángel, donde se alzaba un hermosísimo altar a la Virgen de la Merced, en cuya fiesta el 24 de septiembre se celebrada la proclamación. El adorno más espectacular era el de las Cárceles Reales que representaba una imagen de Santa Eulalia, patrona de la Ciudad, y una pintura del rey, sentado en su despacho trabajando, símbolo de su consagración al gobierno y al cuidado de sus súbditos. El segundo premio correspondió a la decoración de la calle Ancha. Entre un entreverado de piezas de indianas estampadas a lo chipesco, -exponente máximo de la producción textil catalana de la época- se representaban personajes ilustres de la historia de Roma, alternado con pinturas de paisajes. En lugar sobresaliente aparecía la imagen de Carlos III a caballo, rodeado de muchachos que le aclamaban.

4.- Idem. 11-9-59. Fol. 279-283.

5.- Santiago ALCOLEA, "La pintura en Barcelona durante el siglo XVIII" en *Anales y Boletín de los Museos Arte de Barcelona*, Vol. XIV Barcelona, 1969, II, 107.

6.- Alcolea, II, p. 27

7.- Alcolea, II, p. 183 y 216

En este marco, decorado con las obligadas referencia a la Antigüedad clásica y al Reino de las dos Sicilias de donde procedía Carlos III, que le otorgaba al conjunto ornamental un claro sabor mediterráneo, tuvo lugar la ceremonia el día 24 de septiembre por la tarde. A las cuatro y media se reunió al ayuntamiento en las casas de la Ciudad, los regidores vestidos para el acontecimiento con “casaca y calzones de moer negro con aguas y vueltas en la casaca de tissó de plata, ropa a la capuchina del mismo tissó botones y ojales de palta, peluca de nudos, sombrero negro fino guardecido de galón de plata glassé y con botón y baguilla también de plata, medias de seda blanca, zapatos de cordobán negro, y guantes blancos”(8).

Cada regidor a caballo, iba acompañado por dos lacayos y criados de librea. La comitiva portadora del pendón se puso en marcha. “Timbales y clarines de la ciudad, alguaciles, Maceros, Regidores con su uniforme negro, el Marqués de Castellbell enarbolando el pendón, Teniente Corregidor, ladeado del Sr, Don Ramón de Eva y del muy II. Sr Ignacio Dubach y de Oms, Marqués de Cartellá, precedidos por cuatro Reyes de Armas y de dos escuadrones del regimiento de Dragones de Numancia, con tres Compañías de Granaderos del Rey de Galicia, otra de Asturias y otra de Saboya”.

Al llegar a la Plaza del palacio, sobre el tablado allí dispuesto, el Marqués de Castellbell pidió por tres veces silencio a la multitud congregada y enarbolando el pendón proclamó por tres veces: “Castilla y Cataluña por el Rey nuestro señor Don Carlos Tercero, que Dios guarde”. La gente contestó con un triple Viva. Hubo un disparo de salvas de artillería y como era tradicional se lanzaron sobre la muchedumbre los monedas conmemorativas cuñadas por el Ayuntamiento.

Después la comitiva reemprendió la marcha repitiendo el mismo acto en el Borne y en la Plaza de la Ciudad. Terminada la proclamación, el Marqués de Castellbell entregó el pendón real a Dn. Raimundo de Eva que se encargó de colocarlo bajo el retrato del monarca, donde permanecería por tres días, custodiado por los maceros.

La ceremonia se celebró con otros festejosa. La noche del día 24 el Capitán General Marqués de la Mina invitó al Ayuntamiento a una recepción en el palacio. El día 25 por la tarde con asistencia de la corporación municipal se cantó un Te Deum en la Catedral, seguido de un repique general de campanas y salvas de artillería. Aquel mismo día el marqués de la Mina recorrió la ciudad a caballo, seguido de un nutrido grupo de muchachos que aclamaban al monarca. Por la noche el Marqués de Castellbell, gran protagonista del acto del día anterior, ofreció una cena en su casa. El día 26, tercero y último de las fiestas, por la Mañana el Ayuntamiento cumplimentó al marqués de la Mina. Por la tarde otro Te Deum, en la iglesia de Santa María del Mar, con la presencia del Capitán General acompañado a la Audiencia. Después vuelo de campanas y más disparos de salvas. Las tres noches hubo luminarias.

La proclamación de un nuevo rey era una ceremonia oficial, de significado político, en que el protagonismo se centraba en la figura del rey, profusamente representada hasta alcanzar una cualidad de personificación. Como señala Morán Turina, valorando la importancia de los retratos reales, donde no llegaba directamente la presencia física del rey, su autoridad dimanada de su presencia figurada en el retrato. (9) Ante el retrato del soberano se levantaba el pendón y se realizaba la aclamación, acto que había perdido su sentido militar de origen, la acentación del rey por el ejército, para adquirir connotaciones cívicas al ser el Ayuntamiento el encargado de llevarlo a cabo. Presidían y actuaban las autoridades, aunque la presencia del pueblo representado en la multitud congregada, era fundamental tanto para el simbolismo como para la efectividad del ritual, pues era el pueblo el que aclamaba al Rey, a propuesta del portador del pendón. Otra forma

8.- I.M.H.C. Libro Acuerdos Ay Barcelona 1759, 12 septiembre Fols. 284-285.

9.- J.M.MORAT TURIMA. *La alegoría y el mito. La imagen del rey en el cambio de dinastía (1700-1750)*. Madrid, 1982. p. 13.

de participación popular era la canalizada a través de los gremios, responsables de la mayor parte de la ornamentación. El escenario, las calles y plazas de la ciudad, era un escenario abierto. La comitiva que recorría el corazón de la ciudad en un itinerario que unía la Plaza de la Ciudad, sede de las instituciones ciudadanas y la Plaza del Palacio, ocupado por el Capitán General, representante de la autoridad regia, era bien expresiva del simbolismo del acto. Por su parte, la triplicación omnipresente en el ceremonial, tres días de fiesta, tres actos de proclamación, tres demandas de silencio y tres vivas respondidos por la muchedumbre son expresiones simbólicas de gran tradición litúrgica y ritual, tanto religiosa como profano. Como en un rito iniciático, en los comienzos de un nuevo reinado, El Rey ausente de la ciudad era invocado y aclamado para hacerlo presente, con todo su poder y su gloria en medio de su pueblo. La decoración no hacía sino ensalzar su magnificencia y contribuir al carácter festivo y extraordinario del acontecimiento, que trascendía lo puramente político para alcanzar una amplia resonancia social.

Las fiestas reales más importantes y festejadas eran sin duda las que tenían lugar con motivo de la vista del Rey y de la familia real. Recuperar la presencia del monarca significaba, especialmente después de largos períodos de distancia, uno de los momentos culminantes del encuentro entre el soberano y su pueblo. Un encuentro que se expresaba simbólicamente a través de dos sistemas rituales, el Rey y su séquito -la Corte itinerante- y el Principado, representado por sus autoridades y diversos estamentos sociales. El fenómeno alcanzaba en el caso catalán una especial significación política por las vicisitudes de su relación con la Monarquía borbónica. Cuando Carlos III hizo su entrada en su nuevo reino por Barcelona, hacía alrededor de medio siglo que la ciudad no había sido visitada por el monarca, desde los lejanos días de las estancias de Felipe V y el Archiduque Carlos de Austria. (10)

10.- M Angeles PEREZ SAMPER. "Poder y sociedad en la Cataluña de mediados del siglo XVIII: La visita real de Carlos III en 1759" en *Actes. Primer Congrés d'Historia Moderna de Catalunya*. Barcelona, 1984, Vol. II. p. 275-285.

M Angeles PEREZ SAMPER "Artes, poder y sociedad en las visitas reales a Barcelona durante el siglo XVIII". En *el arte en las cortes europeas del siglo XVIII*. Actas del Congreso, Madrid-Aranjuez, 27-29 abril 1987. (en prensa)

M Angeles PEREZ SAMPER. "La visita Carlos III a Barcelona, vista por los Académicos de Buenas letras" en homenaje a Carlos Seco (en prensa).

Sobre la visita real de 1759 existen numeros folletos:

Relación obsequio a de los seis primeros días en que logró la monarquía española su más augusto principio, anunciándose a todos los vasallos perpetuo reconocimiento y constituyendo Barcelona un paraíso con el arribo, desembarco y residencia que hicieron en ella desde los días 17 al 21 de Octubre de 1759 las Reales Magestades del Rey nuestro señor D. Carlos III y de la Reina nuestra Señora Doña María Amalia de Saxinia con sus Altazas el Príncipe Real y demás soberana familia. Escrita de orden del muy ilustre Ayuntamiento de esta capital. Barcelona, por María Teresa V. Obra seguramente de Joan Casamajor, según se desprende de una carta de Finestres a avars. Vid. Josep FINESTRES, *Epistolari*, Barcelona, 1938, 2 vol. Cartas 712 y 951. Agradezco la referencia al Dr. Pere MOLAS.

Carta curiosa escrita por un ingenio de esta ciudad a un amigo suyo residente en la corte, comunicándole las ásalsusibles circunstancias, con que se solemnizó el pelis arribo, y detención de sus magestades en la citada ciudad de Barcelona, Barcelona por Francisco Suria. 20 pp.

Escribe un amigo a otro al unas circunstancias que ocurrieron en la venida de nuestro Rey y Sr. D. Carlos Tercero, que no es fácil que vayan impresas en las relaciones, con estas octavas. 4 ff. s.n.

Parabién reverente, y gozosa festiva enhorabuena que se da a la ciudad de Barcelona con el pausable activo de ser la primera que ha merecido ver los rostros de los Reyes D. Carlos de Borbón y D. María Amalia de Saxonia en el feliz desembarco que hicieron el día 17 de octubre de este año, con su familia. 4 ff. s.n.

Real detención con que la Magestad de nuestro adorado monarca D. Carlos III, honró la feliz ciudad de Barcelona en su desembarco y venida de Nápoles a España. 6 ff. s. n.

Dios gracioso y gratificado por la cruz, sermón, que en acción de gracias, por la feliz navegación y dichoso arribo de sus magestades, nuestro rey Carlos III, la Reyna nra. Sr. los serenísimos Príncipe, e Infantes, consagró a la cruz de Cristo, su titular el ilustre Cabildo de la Catedral de Barcelona. 4 ff.s.n.

El cazador más sabio del catholico bosque apunta en este romance las experiencias de la caza política a su amado Rey D. Carlos Tercero. A la fin van añadidas unas octavas con que el cariño de un leal vasallo arlaude a sus soberanos

De los numerosos festejos celebrados con ocasión de la visita real de octubre de 1759 destacaremos algunos especialmente, comenzando por el primero, tanto en cronología como en significado, la entrada pública y solemne. Rota la tradición medieval conservada durante los siglos XVI y XVII, la nueva situación creada a raíz de la guerra de Sucesión iba a engendrar un nuevo ritual, inaugurado con la presencia de Carlos III, que sólo conservaba algunos vestigios del antiguo. Por lo pronto en 1759 la familia real llegaba a la capital catalana por mar y ello condicionaba el escenario del recibimiento y el itinerario a seguir. Con este fin se construyó en el puerto un desembarcadero, obra del ingeniero militar Pedro Carmeño. El puente y la escalera estaban decorados con símbolos marineros. Sobresalían colocados sobre pedestales, las figuras escultóricas de Bolo, dios del viento, y Neptuno, dios del mar, rodeados de sirenas. Pintados se representaban los cuatro elementos, aire, tierra, agua y fuego. Y para completar el programa simbólico, no demasiado original, dos estatuas de la Obediencia y la Finalidad, con claro significado político tras lo sucedido a principios de siglo. El conjunto culminaba en un típico arco triunfal de ingreso, sólida estructura arquitectónica, adornada con profusión de escudos de armas y trofeos militares, rematado por la figura de una patrona, representación de España, descansando sobre el globo terráqueo, con palmas, cetro y espada en las manos y un león a sus pies, claros símbolos de la majestad real.

El recorrido estaba jalonado por otros dos arcos trinfales, uno en la Puerta del Mar y otro en la Puerta del Palacio. La ornamentación se concentraban especialmente en la Plaza del Palacio, donde se hallaba la residencia real u algunos importantes edificios como la Lonja y la Aduana, que habían decorado sus fachadas con interesantes perspectivas.

La más espléndida era la decoración de la Lonja, encargada por la Junta de comercio a Juan Pablo Canals, artista aficionado y uno de los más significativos personajes de la burguesía catalana. La perspectiva pintada e iluminada significaba el comercio catalán con las Indias, representado por barcos navegando a través del Océano, flanqueado por dos globos terráneos, uno mostrando Europa y otro América y por las columnas de Hércules -el paso del Mediterráneo al Atlántico- con la tradicional inscripción del Plus Ultra. A ambos extremos aparecían las dos instituciones clave en la empresa del comercio catalán, la Lonja y la compañía, Enmarcando la vista marítima, el Arco Iris, símbolo de la Paz, garantía del desarrollo económico y coronando el conjunto el mundo celeste en el cual apolo, el dios Sol, ocupaba el centro y simbolizaba al Rey Carlos III, foco de irradiación del poder, del cual se esperaba toda ayuda y protección, y ante el que se rendía Mercurio, como dios del comercio, en representación de la burguesía mercantil barcelonesa y sus intereses económicos, mientras los demás planetas, otros grupos e instituciones, giraban a su alrededor. (11)

monarcas. Barcelona por Francisco Carreras. 4 ff. s.n.

Poema epico latino y su traducción española con que la Real UNiversidad de Cervera aplaudía el arribo de sus magestades D. Carlos III de Borbón a la Reyna Doña María Amalia de Saxonia y los señores Infantes e Infantas. 62 pp.

Obsequiosa demostración que a su augusto monarca don Carlos III puesto a los reales pies de su magestad consagra el real Semanario de nobles de la Compañía de Jesus de Barcelona. 28 ff. sn.

El mejor representante de el catholico Colines, representada por títulos de comedias la monarquía de España en este romance, a su amado Rey D. Carlos Tercera. Barcelona por Francisco Generas. 2 ff. s.n.

Carta métrica, que por el extraordinario de una aprehensión... en la consideración de lo mucho que se pierde con la próxima partida de N. C. Monarcas den Carlos III y D M Amalia... compuesto por D. Juan MIRANDA. Barcelona, M Teresa Vendrell, 6 ff.

Sentimiento de la Ciudad de Barcelona por la ausencia de sus monarcas D. Carlos III y D M Amalia de Saxonia con sus serenísimos infantes y razones que dan para su duelo, 4 ff. s.sn.

- 11.- M Angeles PEREZ SAMPER: "Cataluña y el Atlántico a comienzos del reinado de Carlos III: entre la realidad y el símbolo". En *Actas del XIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*. Palma de Mallorca, septiembre de 1987. (en prensa).

La decoración de la Aduana era obra de José Sala por encargo del Intendente. Nuevamente el mar, los navíos y dos puertos, el de Barcelona y el de Nápolcos, ocupaban el fondo de la composición. En el centro se hallaba Neptuno, que había amparado la feliz navegación del monarca se esperaba protegiera las largas rutas marítimas por las que Cataluña alcanzaba su prosperidad. A los lados cuatro dioses, Fortuna, Juno, Ceres y Venus y cuatro dioses, Mercurio, Júpiter, Hércules y Pan, simbolizaban el agradecimiento por los bienes que Barcelona recibía del mar y el más preciado, la llegada de su nuevo rey. Y rematándolo todo, como siempre, la exaltación de la Monarquía en las personas de Carlos III y María Amalía, con la también repetida presencia de las Columnas de Hércules el Plus Ultra, permanente recuerdo de las rutas atlánticas hacia América y proclamación de la voluntad catalana de ir más allá en el camino emprendido. Colgaduras, gallardetes y luminarias a lo largo de todo el itinerario completaban el marco en que debía desarrollarse el ritual de la entrada regia.

La ceremonia comenzó con la llegada al muelle de los Reyes en una decorada falúa. Allí les esperaban las autoridades del Principado radical diferencia con respecto a la época de los Austrias- el Capitán General, Marqués de la Mina, los regidores del Ayuntamiento borbónico, el gobernador y un gran número de cortesanos de la Real Casa, venidos de Madrid para recibirles, nobles y personalidades catalanas. Varias compañías de Guardias Españolas y Walonas y otros regimientos formaban para rendir honores.

Una vez desembarcada la familia real, los soberanos se colocaron bajo palio, como era habitual en las antiguas entradas reales. El Marqués de Castellbell, en su calidad de regidor decano del Ayuntamiento, les dirigió un discurso de bienvenida en nombre de la Ciudad. Después se organizó un improvisado besamanos, pues todos los presentes deseaban saludar a S.S.M.M., momento que Castellbell aprovechó para decir unas palabras a la Reina. El acto en el puerto terminó con la entrega de las llaves de la ciudad por el Marqués de Cevallos, gobernador de Barcelona, recuerdo también del antiguo ceremonial de las entradas reales. Después, siempre acompañados bajo palios, los Reyes subieron a la carroza que debía conducirles hasta palacio. Detrás, en varios coches, seguían los Infantes y el resto del séquito, las músicas militares, las salvas de artillerías, el repique de campanas y las aclamaciones de la multitud acompañaron todo el trayecto por un itinerario poco significativo, simplemente funcional. Este tipo de comitiva representaba una novedad frente al rito tradicional de los siglos anteriores en que era el Rey solo, a caballo, y bajo palio, quien centraba el cortejo, en una imagen caballeresca, de origen medieval, sustituida en este caso por otra distinta, el Rey y la Reina juntos en carroza, en consonancia con la Monarquía absoluta que Carlos III encarnaba.

En palacio les esperaba la Real Audiencia presidida por el Capitán General -que se había adelantado a los Reyes- constituyendo el Real Acuerdo, autoridad suprema del Principado según el sistema de la Nueva Planta, y un gran número de gentes que pugnaban por acercarse a los monarcas. La ceremonia culminó con la salida de la familia real al balcón para saludar a toda la multitud congregada en la plaza de palacio, en un cuadro muy expresivo de la relación entre poder y sociedad, en que el Rey, en alto, expuesto a la contemplación, recibía las aclamaciones de su pueblo.

Otra ceremonia anteriormente ligada a la entrada solemne era la toma de posesión del canonicato regio. Carlos III cumplió con el ritual al día siguiente. Los Reyes acudieron a la Catedral, ricamente engalanada. Primero se cantó un Te Deum de acción de gracias y después tuvo lugar el acto de toma de posesión del canonicato reservado al monarca. Para finalizar, como era también tradicional, se hizo la veneración de las reliquias de Santa Eulalia, patrona de la ciudad.

En el capítulo de fiestas, que fueron muy espléndidas, sobresale especialmente la gran Máscara Real, organizada por los colegios y Gremios para las noches del 18 y 19 de octubre. Las

Máscaras eran uno de los festejos más brillantes y espectaculares de la época. Se trataba de una cabalgata alegórica con carrozas ricamente adornadas y largas comitivas a caballo y a pie, ataviadas con gran lujo. El desfile incluía en su desarrollo música, bailes, cantos, luminarias y fuegos artificiales. Se elegía un tema simbólico, extraído de la mitología, de la geografía o de la historia -sagrada o profana- y se representaba de la forma más original imaginativa y fantástica. En esta ocasión se basaba la Máscara en motivos mitológicos muy espectaculares, pero ya muy desvinculados del marco de referencias culturales y políticos del momento. Se componía de tres partes, que significaban el mundo celeste, presidido por Júpiter, el terrestre por Saturno y el marino por Neptuno, según la Antigüedad clásica expresaba simbólicamente la composición del universo. (12)

En la primera parte, la celeste, abría la marcha Mercurio, a caballo, mensajero de los dioses y dios del comercio -alusión significativa en una ciudad como Barcelona-, seguían diez genios también a caballo. A continuación parejas de comparsas con bardas de música. Después diferentes brigadas con sus respectivos carros triunfales y séquitos, la de Eolo, dios del viento, la de Marte y Venus, la guerra y el amor, la de Cintia, la Luna, la de Apolo, el Sol, y la de Júpiter y Juno, padres de los dioses. La parte segunda, la terrestre, primero iba la brigada de Vertumne, la madre Teresa, con Flora y Pomona, después la de Diana, diosa cazadora, la de Ceres, la agricultura, la de Vulcano, el fuego, y la de Saturno y Opis. La tercera parte, la Marina, comenzaba con la brigada de Alfeo y Aretusa, dioses de los ríos y las fuentes. Seguían la de Nerco, subalterno de Neptuno, la de Ulises y Parténope, el gran héroe de la Odissea y la Sirena, la de Jasón y los Argonauta protagonistas de otra gran epopeya marinera en busca del vellocino de oro, y final ente cerrando el magno desfile la brigada de Neptuno y Anfirite, los grandes dioses del mar.

Resultó en espectáculo magnífico, culminación de todos los organizados hasta entonces, pues los Colegios y Gremios no repararon en gastos ni en desvelos para la ocasión. La riqueza y puntualidad de la fiesta quedó bien la manifiesto en la espléndida serie de grabados se realizó como recuerdo, obra de Francesc Tramulles, J.A. de Ferht, Pere Pascual Molas y Jean Michel Morean, buen testimonio para el arte permanente de una de las más interesantes expresiones del arte efímero en la Barcelona del siglo XVIII (13).

Por último hay que destacar, entre otros festejos organizados, las tradicionales luminarias y castillos de fuegos artificiales, muy apreciados y administrados por todos sin distinción, y más en una época que se hallaba poco habitual a la iluminación nocturna. Las luminarias transformaban la ciudad, los monumentos y las decoraciones alcanzaban un aspecto maravilloso, y los fuegos artificiales, exponente máximo de la ilusión y la grandiosidad del Barroco, constituyen la culminación obligada de una fiesta de categoría, auténtico broche de oro de todo gran acontecimiento y las fiestas reales en presencia del monarca eran, sin duda, su mejor momento.

12.- *Explicación del festejo alegórico y Real Máscara con que celebró la ciudad de Barcelona el feliz arribo del Rey nuestro Señor D. Carlos III, con la Reyna nuestra señora D.ª M.ª Amalia de Saxonia y Real Familia. Executado por los Colegios y Gremios de dicho Capital.* Incluido en *Relació Obsequiosa...* P. 99-220.

Epítome del alegórico festejo a sus Magestades y Aliezas Reales que ha dispuesto la Ciudad, quedando la ejecución a cargo y expensas de sus Colegios y Gremios. Barcelona, Teresa Piferrer Viuda, 1759. 15 págs.

Vid. también la tesis doctoral de Federica REVILLA, *Simbología de las celebraciones públicas en Barcelona durante el siglo XVIII.* Universidad de Barcelona, 1977 y su artículo "Últimas consecuencias de la simbología clásica: la gran cabalgata barcelonesa en honor de Carlos III" en *Boletín del Seminario de estudios de Arte y Arqueología*, T.XLIX, Valladolid, 1983.

13.- *L'època del Barroc. Exposició, Palau Reial de Pedralbes, Barcelona, Març-abril, 1983, catàleg.* p.95-98 Rosa M SUBIRANA Y REBULL.

Las fiestas reales se realizaban por los más diversos y variados motivos y ocasiones. Los Reyes y la familia real eran el símbolo de la Monarquía, su encarnación física, y por ello todos los acontecimientos de sus vidas quedaban trascendidos y adquirían un sentido más amplio que afectada a todo el país y a toda la sociedad. Así por ejemplo solían celebrarse de diferentes maneras según los casos el Santos y el cumpleaños del monarca. Dos datos pueden servir de muestra. El aniversario de Carlos III era el 20 de enero. En 1766 para conmemorar su nacimiento se representó en el teatro de la Santa Cruz la ópera *Caio en Numidia* con decorados de Manuel Tramulles. (14) Años más tarde, en 1785 el Barón de Maldá en su famoso *Calaix de Sastre*, registrando la efemérides anota: “per consegüent dia de Gran Gala, hi hà turrat en la Plaza de Sant Sebastia, y en la tarde lluhida rua de Cochés”. (15)

Se celebraban también bodas y nacimientos, se hacían rogativas por la salud de la familia real, por la obtención de descendencia, por los embarazos y partos, y se festejaban grandes acontecimientos para el país como la firma de Países y tratados. La forma de las celebraciones era múltiple y diversa, a veces de carácter religioso, a veces profano, escríctamente oficial o de gran dimensión, popular cultural o festiva, modesta o magnífica. (16)

Un buen ejemplo por su importancia lo constituye la celebración de 1783, con motivo del nacimiento de los infantes gemelos, Carlos y Felipe, hijos del Príncipe de Asturias, -el futuro Carlos IV-, y también de la firma del tratado de Versalles. (17) Después de un período de guerra,

14.- Alcolea II, p.184

15.- Vol. I. 20 enero 1785. p.364

16.- Algunos folleto sobre diversos temas, actos académicos, rogativas públicas pueden servir de ejemplo:

Acto académico y de buenas letras y ejercicios caballerosos que el Imperial y Real Seminario de Nobles de Barcelona dedica al serenísimo Príncipe de Asturias. 16 pp.

LLAMPILLAS de la Cia. de Jesus, p. Francisco, *Rasgo épico que a la serenísima Princesa de Asturias D. Luisa de borbón con ocasión de su arribo a España para esposa del Príncipe de Asturias D. Arlos consagra por manos del Sr. Marqués de la Mina.* Barcelona F. Suriá 1765

Edicte del Bisbe de Barcelona sobre la publicación de rogativas que se han de hacer en todas las iglesias para le buen preñado y parto de la señor Princesa de Asturias. 10pp.

Circular del Arquebisbe de Tarragona Francisco ARANA ordenant pregaries per el felix deslliurament de la Reina. 1 fulla.

17.- Son numerosos los folletos publicados con ocasión de este doble acontecimiento, vid por ejemplo:

Acción de gracias a la divina magestad y regocijos públicos de la ciudad de Barcelona en los días 8, 9 y 10 de diciembre 1783 por el nacimiento de los infantes D. Carlos y D. Felipe y ajuste definitivo de la paz con la nacion Británica. Barcelona. E. Piferrer, Vda. 1783. 67pp.

Explicación del festejo y máscara real que deberá executarse en Barcelona con motivo del alumbramiento de la Princesa de Asturias. El día 1 de diciembre de 1783 por los Colegios y Gremios de la ciudad. Barcelona. F. Gininas. 1785, 4 ff. s.n.

Expresión obsequiosa que a su Augusto Monarca D. Carlos Tercero... con la celebridad del feliz nacimiento de los dos Reales Infantes, y confirmación de la paz general con las potencias beligerantes, consagran la Real Junta y Comercio de la Ciudad de Barcelona. Barcelona, Francisco Suriá y Burgada, 1783. 8. fols.

Edicte del governador militar i polític de Barcelona, sobre les festes populars amb motiu del naixament dels infants D. Carles I D. Felip.

PUIG, P. Fr. Ambrosio, *Oración que en acción de gracias el día 11 de diciembre 1783 celebró la orden militar de S. Juan de Jerusalem con motivo del nacimiento de los infantes gemelos D. Carlos y D. Felipe, hijos de los Principes de Asturias y establecimiento de la paz con la magestad Británica.* Barcelona, Giralt 1783. 31pp.

Sermón que en la misa votiva solemne, que ofració a Dios en honor de la SS. Virgen María (en acción de gracias por el feliz alumbramiento de la Princesa de Asturias), nacimiento de los dos infantes Carlos y Phelipe. Y ajuste definitivo de la paz con la nación Británica. 80 pp + 1 ff. s.n.

Dr. D. Félix A AT, *Sermón que en el día de la Inmaculada Concepción ... destinado para la acción de gracias por el nacimiento de los reales infantes D. Carlos y D. Felipe y por la feliz conclusión de la Paz.* Barcelona. E. Piferrer vda. 1783. 35pp.

Bilingüe obsequiosa consonanci en 12 décina que son castellanas o catalanas, conforme seran pronunciadas y delebran las glorias de la prodigiosa robusta y doble real infancia de España. Barcelona. E. Piferrer, vda. 1783. 30pp

Oración eucarística, que por ocasión del feliz alumbramiento de la princesa de Asturias en el nacimiento de los dos

la paz ratificada el 3 de septiembre y la feliz coincidencia del sobre alumbramiento pronunciaban una buena razón para organizar unos festejos que fidundieran por todo el reino al satisfacción de la Corte, junto con un mensaje de confianza en una nueva etapa de tranquilidad y prosperidad. Una Real Cédula de 22 de octubre ordenada que, además de los habituales Te Deuns y salvas de artillería ya celebrados, en todas las capitales, villas con voto en Cortes y cabezas de partido se organizaran fiestas caneciales por los nuevas Infantes y la paz, de acuerdo con los gustos y costumbres de cada lugar, y con la advertencia expresa de moderar los gastos, pues los problemas económicos y sociales derivados del conflicto bélico aconsejaban prudencia para evitar despilfarros y precaución con el orden público, por lo cual se prohibieron expresamente los fuegos artificiales y las corridas de toros.

Como siempre el encargado de la organización fue el Ayuntamiento, con la colaboración de Colegios y Gremios, bajo la supervisión del Gobernador militar y el Obispo. Se eligieron los días 8, 9 y 10 de diciembre por coincidir el día 8 con la fiesta de la Inmaculada Concepción y el 9 con el cumpleaños de la madre de los niños, María Luisa de Parma, y se decidió que los festejos consistieran en adornos y luminarias, máscaras y funciones en el Teatro de la Santa Cruz.

Las decoraciones adornaban tanto edificios públicos como privados. Entre los primeros cabe destacar la fachada de las casas consistoriales, consistía en un pórtico dórico en perspectiva con once pilastras. En el centro un dosel de damasco rojo con el retrato del Rey sostenido por dos genios. Encima el escudo de la ciudad flanqueado por dos estatuas de Minerva y Hércules. En los intercolumnios, imitando relieves de mármol blanca, se representaban cuatro símbolos. La Alegría, cornada de flores, con palmas y una vid cargada de uvas, apuntando a la futura abundancia. La Fecundidad, como una matrona sentada con dos niños en la falda y a sus pies una oveja con dos corderitos, un huevo ya roto del que salían dos pollitos, y una coneja. Además llevaba una inscripción comparando el feliz nacimiento con el de Cástor y Pólux, los Dioscuros, hijos de Zeus y Leda, también gemelos como los Infantes. La Religión, una figura femenina alada, sentada sobre una nube, con un libro en la mano izquierda y una llama en la derecha, cuyos rayos iluminaban los dos hemisferios representados a sus pies, incidiendo especialmente sobre Menorca y América, escenarios principales de la pasada guerra. La Paz como una mujer sentada, con un caduceo en la mano y con la otra prendiendo fuego a un grupo de armas. Las cuatro representaciones conjugaban la evocación del doble acontecimiento, la Fecundidad y la Paz, junto a las cualidades comunes, la Alegría al amparo de la Religión. El conjunto se completaba con unos pinos portadores de los símbolos de la justicia, la Prudencia, el Valor y la fortaleza, virtudes reales, gracias a las cuales se había obtenido la paz y que debía adornar a los recién nacidos. Esta perspectiva fue obra de Manuel Tramulles. (18)

reales infantes D. Carlos y D. Felipe, junto con el ajuste definitivo de la paz con el Rey de la gran Bretaña, en el oficio celebrado en la iglesia de la ciudad de Mataró. 31 pp.

Sermón que en la solemne fiesta de acción de gracias ordenada por el Rey N. Sr., con motivo del nacimiento de los infantes gemelos D. Carlos y D. Felipe que dió felizmente a luz la princesa de Asturias, se predicó en la Catedral de Urgel. 1 ff. s.n. + 37 pp.

Cantos épicos con que la religión catholica consuela a España por la pérdida de los dos infantes... La anuncia el feliz embarazo de... María Luisa de Borbón... 4 f. s.n.

Gran interés tiene la relación de Rafael AMAT, Ramón de Maldá, "Festes Reals que se feren en esta Ciutat de Barcelona ab lo motiu del feliz part de la Serenísima Princesa de Asturias dels dos Infants Gemelos D. Carlos y D. Felip, y també per la Pau". I.M.H.C. Miscelánea -VII, Ms. A. 254.

El tema ha sido tratado recientemente por Rosa M SUBIRANA, "Arte, poder y sociedad en la fiesta barroca: celebración y máscara real en Barcelona con motivo del Tratado de Versalles y el nacimiento de los infantes Carlos y Felipe, hijos de futuro Carlos IV, (1783)" en *Arte en las Cortes europeas del siglo XVIII*. Actas del Congreso celebrado en Madrid -Aranjuez, del 27 al 29 de abril de 1987. (en prensa) Consultado por gentileza de su autora.

Otra decoración interesante era la de Pere Pau Montañó en la fachada de la Lonja. Representada la perspectiva de un edificio circular con ocho columnas y seis pilastras, de orden compuesto, con una cúpula coronada por el arco iris, símbolo de la paz. En el interior el Rey y los Príncipes de Asturias, Carlos y María Luisa, que conducidos por la Religión, presentaban a los Infantes al Señor, entronizado en majestad. En la escalera se representaban las felicidades públicas y finalmente, completando la alegoría, aparecía el Pueblo representado por una multitud clamando por la Paz, mientras el Rey entregaba la emblemática rama de olivo a España, que la recibía de rodillas. A un lado figuraba arte, en actitud de reposo, y el Tiempo alejando a Jano, que con su llave intentaba abrir las puertas ya cerradas de años infelices para el país. En dos de los pedestales que sostenían el edificio se representaban la Autoridad Real, como una matrona con el cetro en una mano y el escudo de armas de España en la otra, y la Prudencia, como una mujer que sostenía un espejo y una rama en la que se enroscaba una serpiente. En los extremos sendos trofeos alusivos a las victorias terrestres y marítimas. Nuevamente la alegoría reunía asociados los dos acontecimientos que se festejaban.

También interesantes desde el punto de vista artístico y muy significativos desde el punto de vista social y político eran las decoraciones de algunas casas particulares, especialmente la de Juan Pablo Canals, entonces ya barón de la Vall-Roja, que tiempo atrás había destacado proyectando la decoración de la Lonja con ocasión de la vista real en 1759. En esta oportunidad ideó la ornamentación de la fachada de su residencia, encargando su ejecución al pintor Félix Nogués Bofarull.

En el centro, presidiendo, bajo un dosel, el retrato de Carlos III. Debajo figurando la Fidelidad, un corazón llameante y un perro, como complemento unas colgaduras con trofeos, dos cornucopias de la abundancia y el caduceo. A los lados deos figuras femeninas, Minerva y Ceres, imitando estatuas de mármol. Encima, entre nubes, la Paz representada como una matrona sentada, con una mano señalaba el cielo y en la otra sostenía una palma y una rama de olivo. A sus pies un niño simbolizaba a Pluto, dios de las riquezas. En dos ventanas laterales colgaban dos medallones, uno con la doble efigie de los Príncipes de Asturias, y otra con un barco sobre un mar en calma. Intercalados cuatro plafones de vidrio simbolizando la Pintura, la Escultura, la Música y la Poesía.

Otro de las particulares que colaboraron en los festejos fue el comerciante Gil Grau que decoró su casa, según idea del pintor Antonio Casanova, con una perspectiva en la que en medio de nubes y trofeos aparecían un carro tirado por dos corderos y en él la Fecundidad y la Paz, todo ello coronado por una fama que mostraba el retrato del monarca. También es digna de mención la casa de Gargani cuya decoración consistía en una pirámide, sobre un arco, donde el Rey, acompañado de sus hijos los Príncipes y sus dos nietos recién nacido, ofrecía el cetro, isignia real, a la Inmaculada Concepción en cuya festividad se celebraban el nacimiento y la paz.

Entre los diversos actos y festejos, Te Deum ofrecido por el Ayuntamiento, luminarias, representaciones de teatro y ópera, desfiles de Máscaras, merece la pena destacar especialmente la Máscara Real del 10 de diciembre, que como indica el folleto explicativo, era una alegoría de las épocas más señaladas y gloriosas para Barcelona: la fundación de la monarquía por Ataulfo, el establecimiento del primer Condado por Luis el Piadoso en el siglo IX, la llegada del Rey desde Nápoles en 1759 y en 1783 el nacimiento de los Infantes y la conclusión de la Paz.

La comitiva se abría con Hércules, fundador de la ciudad, a caballo, seguido de Mercurio y Lucina, acompañados de parejas de pastores y de ninfas. A continuación un conjunto de ostrogodos y visigodos victoriosos, romanos vencidos, con un carro triunfal ocupado por Ataulfo, primer rey de los godos, con Gala Placidia y sus hijos. En segundo lugar el episodio de fundación del Condado con veinte parejas de antiguos catalanes y diez moros prisioneros, los nueve barones a caballo y en el carro triunfal en sendos tronos el emperador Luis el Piadoso con el primer Conde,

Bera, y a sus pies el rey Moro hamur, vencido y encadenado, la tercera brigada representaba el recibimiento dispensado a Carlos III en 1759. Desfilaban en representación del pueblo catalán payeses y menestrales, y diez parejas que simbolizaban as Artes y las Ciencias, -la Agricultura, la Mecánica, la Arquitectura, la Pintura, la Música, las Bellas letras, la Física, las Matemáticas, la Medicina y la Jurisprudencia, la carroza recordaba la forma de la falúa real en que Don Carlos había llegado al puerto y en ella aparecía la figura del Rey con los ornamentos de la realeza, acompañado por la tripulación y la guardia. Finalmente la alusión a los acontecimientos que se festejaban, desfilando representantes de los diversos países que habían intervenido en la guerra, España, Francia, Inglaterra, Holanda y las Colonias americanas, y en medio de ella un simulacro de la Paz simbolizando una matrona que sostenía en una mano el hacha con que prendía fuego a las armas ya abandonadas y en la otra una cornucopia derramando frutos y flores, signo de la prosperidad, con una corona de planetas, destacando el signo zodiacal de Géminis, clara referencia a los infantes gemelos.

Resulta interesante la elección de una tema histórico, con preferencia al recurso mitológico, cuyo máximo exponente había sido la máscara real de 1759, con la particularidad de haber elegido junto con las referencias más próximas al reinado de Carlos III, dos temas ligados en la interpretación histórica de la época al nacimiento de Cataluña como nación, conjugando de este modo las raíces del pasado catalán con la situación presente bajo el monarca reinante y aproximando y racionalizando su contenido simbólico. La misma línea seguida años después por la Máscara Real organizada con motivo de la visita real de Carlos IV en 1802.

Entre las ceremonias regias habituales sobresalían las exequias con motivo del fallecimiento del monarca o de algún miembro de la familia real. Como sucedía en otros casos el ceremonial que tenía su epicentro en la Corte se reproducía y difundía por todo el reino, que se asociaba al acontecimiento, manifestando su condolencia. La celebración de la muerte tenía una características especiales. A su condición de oficialidad y a la dimensión política y social unía una intensa connotación religiosa, que existía en otros casos, pero con menos protagonismo, pues se pensaba y se sentía en el marco de una cultura profundamente sacralizada y se prestaba más que otras ocasiones, como nacimientos o bodas, a dotarla de un dimensión trascendental, propia de las creencias cristianas en la resurrección y en la vida eterna.

La misma forma de la ceremonia ya cambiaba sensiblemente, al celebrarse en un ámbito cerrado, el templo, frente a las demás celebraciones que generalmente se extendían por todo el espacio urbano, y por acentuarse, por consiguiente, su carácter oficial, con participación popular mucho más reducida y limitada. Además de desarrollarse en un clima de dolor y trizteza, opuesto al clima de alegría y satisfacción de otras festividades, aunque los medios espectaculares de la puesta en escena y del ritual en este caso la liturgia, -el ritual por excelencia-, se mantenían y utilizaban con la misma finalidad última de expresión del poder de la Monarquía.

Durante el reinado de Carlos III se produjeron diversos fallecimientos en el seno de la familia real. El 27 de septiembre de 1760, cuando apenas llevaba un año en su nuevo reino, murió la Reina María amalia de Sajonia. El 10 de Julio de 1766 falleció la madre del monarca, Isabel Farnesio (19), murieron también varios infantes, hijos del príncipe heredero D. Carlos y María Luisa de Parma. Y por último se produjo el fallecimiento del propio Rey el 14 de didiembre de 1788. También se celebraban funerales de aniversario. (20)

19.- MONTERO I DE ALOS, Joseph Gregorio: *Oración fúnebre en las exequias i funeral con que la ciudad de Barcelona honró la Memoria de D Isabel de Farnesio, Duquesa de Parma i reina de las Españas, madre de Carlos III.* Barcelona, Juan Nadal 1766. 18pp.+1 f. sn

20.- Vid por ejemplo: DOU et de BASSOLS, D. Raimundo: *In aniversario Philippi V funere oratio habita ad Academician Cerveriensem XIII cal Ianuar anni 1783.* Barcelona F. Suriá y Burgada. 40 pp.

Desde el punto de vista ceremonial y artístico las exequias que revisten mayor interés son las de la Reina María Amalia, esposa del monarca, pues aunque no fue una soberana muy popular, ya que apenas tuvo tiempo para ello, el hecho de haber conocida por el pueblo catalán a su paso por el Principado pocos meses antes de su muerte le dio a sus funerales un ambiente especial. Por otra parte, el formalismo oficial se imponía por encima de todo. Buena pueba fueron los problemas que se suscitaron para la organización de las exequias. El 14 de octubre la corte comunicó a la ciudad la oportuna indicación de que procediera a los lutoo y honras fúnebres usuales en casos semejantes. Pero el Ayuntamiento se excusó de no haber podido tomar "Resolución pronta", alegando "ser preciso atender a algunas circunstancias que no dependía de su arbitrio". Para resolver el conflicto, una Real orden de 8 de febrero notificaba a la cornoración municipal "que se dignaba la piedad del Rey prevenir todo lo correspondiente a estas fúnebres Demostradio es", lo cual significaba que la Corte corría con los gastos y dejaba en manos del Ayuntamiento barcelonés la responsabilidad de la organización. Ejemplo máximo de la oficialidad de las celebraciones reales y del interés del poder en hacerse presente mediante ellas en todo el reino, llegando incluso a costearlas. (21)

Entre los proyectos presentados para la realización del cenotafio, se eligió el de los hermanos Francesc y Manuel Tramulles, artistas de máxima reputación en la época, lo que contribuye a subrayar la importancia del efímero tanto artística como política.

En este caso a la seguridad de la atribución de su autoría se añade la ventaja de disponer de varios grabados del monumento fúnebre y la decoración de la iglesia, obra de Francesco Boix e Ignacio Valls (22), también grabadora destacados. El templo escogido fue naturalmente la Catedral, y las exequias no se celebraron hasta los días 23 y 24 de abril de 1761.

El conjunto decorativo estaba pensando como un recorrido preparatorio que culminaba en el túmulo, centro espacial y ceremonial. La primera decoración se hallaba situada en el frontis de la Catedral. Consistía en un dosel enmarcando una puerta con un frontón roto donde se insertaba el mapa del Principado sostenido por un ángel y que invitaba a la vez a entrar en el templo. A los lados dos esqueletos con dos cartelas y tres calaveras rematando el portal eran la clara y obligada alusión a la muerte.

Ya en el interior, se encontraba una segunda puerta decorada, la del trasero, mucho más compleja y rica arquitectónicamente, también rematada y decorada con símbolos de la muerte. El centro decorativo era otro medallón con otra figura femenina esta vez representando a la

21.- *Reales exequias a su soberana D María Amalia de Saxonia consagró la ciutat de Barcelona en los días 23 y 24 abril.* Barcelona M Teresa Vendrell y Texidó, 1761. 110pp. + 5 lám pleg + 33 pp.

Descripción del cenotáfio erigido en la iglesia parroquial de Santa María del Mar de Barcelona para las solemnes exequias que la real Audiencia de Cataluña ha tributado a la Memoria de la reina M Amalia. 4 galeradas

FOXÁ, S.J.P. Ramón: *Oración fúnebre que en las exequias, que hizo la ciudad de Barcelona en la muerte de N Reyna y Señores D M Amalia de Saxonia y Austria.* Barcelona. 1761, 33pp.

SERIOL, D. Mariano: *Sermones fúnebres, predicados en las honras que a la Memoria de la muerte de la Reyna D M Amalia de Saxonia, esposa de Carlos III, consagró el dolor.* Barcelona, Impresor M Angeles Marti, 1760, 4ff. s.n. + 14 pp. + 2 ff sn. + 22 pp

Oración fúnebre panegyrica en las solemnes exequias de la Reyna D M Amalia de Saxonia que la siempre fidelissima ciudad de Cervera celebró el día 5 de diciembre de 1760. 27pp.

Para una interpretación vid. Federico REVILLA "Un ejemplo característico de arte efímero dieciochesco: el cenotafio barcelonés de M Amalia de Sajonia" en *Goya* n 181-182, Madrid, 1984

22.- Alcolea. p. 139

Ciudad de Barcelona, mediante la presencia de los atributos de su fundador legendario, el héroe clásico Hércules, la clava y la hidra. En la parte inferior dos cartelos completaban literariamente el significado de la obra.

Junto a las puertas, alusión a la suerte como umbral de paso de la vida terrena a la vida eterna, otras decoraciones de claro sentido político completaban el camino de ingreso. A lo largo de las naves colgaban grandes continajes negros con escudos, emblemas y candelabros. En total había veintisiete escudos correspondientes a diversos reinos, provincias y ciudades de la Monarquía española, junto con otros especialmente ligados a la vida de la Reina como Sajonia, Nápoles y Sicilia, incluyendo además las cuatro partes del mundo, Europa, Asia, Africa y América, como para indicar el dominio universal de España y la asociación de toda la tierra al dolor por la muerte de la Reina española. Debajo de cada escudo, el emblema o jeroglífico que los identificaba y explicaba.

A través de este itinerario se llegaba al centro del conjunto monumental, al catafalco, que se levantaba en la nave central entre el coro y el presbiterio. El túmulo era de planta cuadrada, con cuatro columnas salientes en los vértices y se elevaba sobre un zócalo al que se accedía por una escalera de seis peldaños, la construcción tenía tres pisos de altura, que se iban progresivamente estrechando en cada piso, dándole una forma de gran poder ascensional.

En el primer piso, cuyo interior era hueco, se hallaba el féretro ceremonial, cubierto con un paño con el escudo de Sajonia. sobre él las insignias de la realiza, la corona y el cetro. En las esquinas exteriores ocho figuras femeninas que representaban otras tantas ciudades de Cataluña, Tarragona, Tortosa, Gerona, Vic, Manresa, Lérida, Cervera y mataró. entre ellas, pero un poco más elevadas, cuatro alegorías de los sentimientos de estas ciudades y en definitiva de toda Cataluña por la Reina desahucada: el amor, como un joven coronado de pámpanos, con arco y flechas, como Cucido; el Dolor, bajo la forma de otro joven, melancólico y coronado de ciprés, con una serpiente anudada en su corazón; la Lealtad, una mujer que a través de su pecho abierto mostraba el corazón, con un perro a sus pies; y Gratiitud, que con la mano derecha cogía una cigüeña y con la izquierda una rama de altramuces.

El segundo piso quedaba cerrado por unos paneles pintados, que representaban cuatro acciones virtuosas de María Amalia. En cada una de las esquinas cuatro figuras femeninas simbolizaban cuatro virtudes terrenales de la Reina. La Generosidad, con una corona en la mano derecha y apoyada la izquierda en un León, signos ambos de realeza. La Constancia, sosteniendo una columna con la derecha y blandiendo una espada con la izquierda. La inteligencia, coronada de flores, en una mano el globo del mundo y enroscada en el brazo una serpiente. Y la Obediencia, contemplando un crucifijo y asegurando con la mano izquierda el yugo que descansaba sobre sus hombros.

En el tercer piso volvía a repetirse el esquema del primero en dimensiones más reducidas. En el interior una urna y a sus pies una figura femenina representando Barcelona, con el escudo de la ciudad y la clava de hercules. En las esquinas otras cuatro virtudes, de carácter más espiritual que las del piso inferior, simbolizadas por las correspondientes figuras de mujer, la Caridad, en una representación mur típica de corazón encendido y niño abrazado; la Religión, con el rostro velado, una cruz y un libro en la mano derecha y una llama en la izquierda; la Humildad, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados y una corona a los pies; la Oración, con la cabeza cubierta por un manto, en actitud de meditación con un libro en las manos y varios a sus pies.

Por último el cenotafio está coronado por una figura femenina, en pie, que sostiene una llama en alto en su mano derecha y un globo y una palma en la izquierda, personificando según explica el folleto, la "Eterna Felicidad", culminación del tránsito de la muerte que conduce, según la fe cristiana, de la vida terrenal a la Gloria imperecedora de la resurrección.

La calidad artística del monumento funerario, obra de los hermanos Tramulles, destaca

tanto desde el punto de vista de su composición estructural como por su acertado programa iconográfico, pese a lo típico y hasta tópico de las alegorías utilizadas, procedentes de la inevitable iconología de Cesare Ripa, como subraya Federico Revilla. (23)

La simplicidad de la planta cuadrada se enriquece con la movilidad que le confieren los entrantes y salientes creados por la alterancia de columnas y pilastras en el primer piso. La armonía del conjunto se subraya por la simetría de colocación de las figuras de los vértices, y combina unidad y equilibrio con la variedad del primer y tercer piso abiertos y el segundo cerrado. Dentro de la serenidad del conjunto se consigue también en claro dinamismo ascensional, tanto en las formas como en los símbolos, que eleva desde el fétetro donde simbólicamente descansan los restos mortales de la Reina hasta la visión de su destino final, desde el dolor y la tristeza a la felicidad eterna.

Las exequias de la ciudad de Barcelona a la Reina María Amalia constituyen el ejemplo más notable, pero no fueron las únicas, se celebraron oras patrocinadas por diferentes instituciones entre las que destacan las que tuvieron lugar en la iglesia de Santa María del Mar, también con un cenatorio levantando al efecto, y que fueron organizadas por la Real Audiencia de Catalunya. Los funerales no sólo se realizaron en Barcelona, sino también en las demás ciudades y muchos pueblos del Principado.

Las exequias de María Amalia de Sajona alcanzaron tal categoría artística que no fueron superadas por otros acentecimientos similares, ni siquiera las del propio Rey Carlos III. (24) las primeras exequias que se le tributaron corrieron a cargo de la Real Junta particular y Consulado de comercio del Principado y se celebraron el 15 de enero de 1789 en la iglesia de San Francisco de Paula de los Padres Mínimos. El cenotafio fue obra de Pere Pau Montaña, artista muy ligado a la Junta de Comercio, y se conserva una lámina grabada por Pere Pascual Molas, también muy vinculado a la institución. El túmulo se caracteriza por su simplicidad, sobre todo si se compara con otros ejemplos y especialmente con el de la Reina en la Catedral. Bajo un dosel, que recuerda

23.- Ob. cit. p. 60.

24.- *Pompa fúnebre y solemnes exequias que la Real Junta particular y consulado de Comercio de Cataluña consagró a D. Carlos III el día 15 de enero 1789. Barcelona Suriá y Burgada. 11 ff. s.n. + 1 lám.*

Relación de las reales exequias que en la muerte de su monarca Carlos III celebró la ciudad de Lérida en los días 5 y 6 de febrero de 1789. 54 pp.

PUIG, P. Pablo, *Oración fúnebre a la memoria de D. Carlos III ofreció la Junta de Comercio y Consulado de Barcelona en las exequias que celebró en la iglesia de los RR.PP. Mínimos días 15 enero 1789. Barcelona. F. Suriá y Burgada 1789. 14ff. s.n.*

MARTIN, M. R. P. Fr. Manuel, *Carlos el Sabio. Elogio fúnebre que en las solemnes exequias se celebró a la Memoria de D. Carlos III. Barcelona, Bernardo Pla 1789. 46pp.*

MONTES, R.P. Fr. Francisco: *Oración fúnebre de Carlos III Rey de España pronunciada 26 de enero 1789 en el Real Convento de Padres Observantes de S. Francisco de Barcelona. Barcelona. E. Piferrer vda. 1789. 18pp.*

FERNANDEZ, Paulino Antonio: *Discurso alegórico o sentimientos y gozos de Barcelona al fallecimiento de su Rey D. Carlos III y a la próxima exaltación al trono de los príncipes de Asturias. Barcelona. R. Martí. 1789, 4ff. s.n.*

JUGLA Y FORT, D. Antonio: *Barcelona afligida por la muerte de D. Carlos III se consuela con la exaltación al trono de D. Carlos IV. Poema heroico. Barcelona. Carlos Gilbert y Tutó 1789, 46pp.*

Oración fúnebre que en las solemnes exequias que ofreció a Dios segunda vez por el alma del Rey de España D. Carlos III, su Ilustre bienhechor, la Sra Iglesia de Lérida. 56 pp.

Oración fúnebre en las exequias celebrada por Carlos III, por el Ayuntamiento de Matarom en su parroquial Iglesia día 26 de enero de 1789; 31 pp.

Poesías que en elogio del Rey de España D. Carlos III previno y trabajó el aula de retórica de la escuela Pías de Mataró a petición primero del regimiento de Dragones de Sagunto ... y después del Ayuntamiento 1789, 18 ff. s.n.

Oración fúnebre que en las honras fúnebres hechos por el Real Gremio de Mareantes de la Villa de Villa-nueva y Geltrú a la Catholica Magestad de D. Carlos III, 1789, 55pp s.n. + 1 f. s.n.

el planteamiento de obras tan anteriores como el túmulo de Carlos II casi un siglo antes, se levantaba en el centro la urna funeraria y sobre ella una alta pirámide u obelisco, encuadrada en caso uno de los cuatro ángulos del mismo cuerpo central por otras tantas formas piramidales muy alargadas. Esteriormente, en los ismos ángulos, sobre cuatro pedestales unas jarrones llameantes, Sin figuras escultóricas las únicas referencias de carácter simbólico se hallaban en los cuatro papeles en relieve que decoraban la parte baj. Se trata, pues, de un conjunto sobrio, basado en la forma piramidal de tan larga tradición funeraria, recuperada en un momento de cambio del estético barroco a otro de corte clásico.

Semanas después se celebró el funeral del Ayuntamiento de Barcelona, los días 28 y 29 de febrero de 1789. El túmulo fue pintado por Manuel Tramulles, colaborador habitual de los proyectos municipales como sucedía con Montaña y Molas respecto a la Junta de Comercio, buena muestra de la vinculación de los artistas o determinados patronos y su continuidad como de muestran otros ejemplos de las fiestas reales.

Otros interesante aspecto a considerar en este tipo de celebraciones eran las oraciones fúnebre que se pronunciaban y publicaban con ocasión de los fallecimientos reales. (25) Unas eran de carácter esencialmente religioso, sermones que se incluían en los funerales. Otras eran más bien discursos recrológico y panegíricos, que en memoria del difunto se leían en actos académicos y sesiones institucionales, o se escribían para ser impresos y difundidos en libros y folletos. También se expresaban en forma de poemas y elegias. Constituyen significativos modelos de la oratoria y de la literatura de la época, mostrando los principios, valores e ideales tanto religiosos como filosóficos, políticos, culturales y sociales que se hallaban vigentes -y que se encontraban simbolizados en los monumentos funerarios- y que se trataba de propagar el pública revelando a la vez diversas facetas de la relación entre poder y sociedad, ante un hecho fundamental de la vida como es la muerte.

En conclusión, la fiesta real, brillante espectáculo del poder, encontraba su eficacia política, aunque fuese de forma simbólica y efímera, al integrar la participación popular en un fenómeno no ceremonial y festivo, que trascendía lo estrictamente político para reglejar una experiencia humana e histórica integral.